

# *Globalización y Democracia Cristiana*

JOSEF THESING\*

**E**l tema está determinado por dos conceptos: globalización y democracia cristiana. Estos conceptos constituyen un contexto y me permitiré combinarlos de la manera siguiente para plantear un interrogante: ¿Qué funciones y tareas tiene que cumplir la democracia cristiana en un mundo globalizado?

Empezaré con el concepto de la globalización. Esta palabra que se ha puesto de moda y ha adquirido un carácter imaginario. Muchos temas están relacionados con la globalización. En consecuencia, intentaré ordenar al menos algo este caos conceptual.

El año 1989 fue un año que, en cierto sentido, marcó un hito histórico. Desde ese año ha cambiado el mundo a raíz de los sucesos políticos en Europa Central y Oriental. En 1989 no solamente cayó el muro de Berlín, sino que al mismo tiempo desaparecieron ideologías y sistemas. El mundo partido en dos, manifestado en el así llamado conflicto Este-Oeste, ya no existe. Los derechos humanos, la

\* Catedrático de Psicología. Universidad Complutense.

autodeterminación, la democracia, la economía de mercado y la justicia social han podido imponerse en su calidad de valores e ideologías de ordenamiento de validez general.

De pronto todos han entendido que el mundo constituye un todo, sin fronteras, sin modelos ideológicos del poder. El globo se ha transformado en el campo de acción visible para todos. La política y las tecnologías modernas permitieron una presencia global del mundo. Todo lo que en él sucede es de conocimiento general en brevísimo tiempo. Las tecnologías modernas de la información permiten acceder y utilizar rápidamente los conocimientos disponibles.

Entre esos conocimientos están también aquellos relacionados con la democracia. Este sistema político ha experimentado una marcha triunfal después del año 1989. Nunca antes hubo tantos Estados gobernados democráticamente como ahora. El siguiente siglo puede convertirse en el siglo de los derechos humanos y de la democracia. Ésta es una de las primeras consecuencias que tiene el desarrollo globalizado.

Lo global está determinado primordialmente por la economía y las finanzas y, especialmente, por el dinamismo del tráfico internacional del capital. Las estructuras de poder y de ordenamiento son influenciadas cada día por miles de millones de dólares norteamericanos que son transferidos en pocos segundos a través de las bolsas del mundo con la ayuda de las tecnologías de la comunicación más modernas. Las arriesgadas maniobras especulativas son capaces de poner en peligro las monedas nacionales.

También las sociedades se encuentran en el umbral de los cambios. El siglo XXI presenciara un nuevo modelo social. La sociedad industrial está llegando a su fin. Estamos ingresando en una sociedad marcada por la información, los conocimientos y los servicios. En el mundo globalizado que es, al mismo tiempo, un mundo de medios múltiples, la televisión, las computadoras, los juegos de vídeo y el teléfono terminarán fusionándose. En principio, todo lo que sea transportable mediante bits y bytes ya no está atado a un lugar determinado. El mundo globalizado, en consecuencia, se transforma en un mundo virtual.

El mundo de los medios de difusión se está transformando en un mundo propio de la educación y la cultura. La producción de medios y los consumidores de medios definen nuevos desafíos frente a las actitudes y los comportamientos sociales, así como también frente a la competencia en materia de la comunicación. Los sistemas educativos asumen un papel clave en el camino que nos lleva hacia la sociedad del saber del siglo XXI. Los niños, los adolescentes y los mayores tienen que adquirir conocimientos y aptitudes bajo las condiciones multimediales y globales imperantes con el fin de poder actuar de modo acertado, creativo, orientado hacia los valores y responsable socialmente. La pregunta que entonces surgirá es la siguiente: Considerando que el ser humano está rodeado de tecnologías modernas, de nuevas formas de trabajo y de condiciones socioeconómicas diferentes, ¿dónde encontrará su centro de vida en cuanto a valores y política se refiere? Por ello, la globalización constituye también un desafío mental, ético, espiritual y cultural.

Y finalmente cabe plantear la cuestión de la orientación ética de la globalización. Me atrevo a afirmar que la globalización requiere de un ethos global. La política y la economía mundiales requieren de un ethos mundial. Debe trabajarse para establecer un sistema de referencia global basado en principios

éticos. Un orden global en materia de competencia y de asuntos sociales y ambientales deberá ubicarse dentro de un marco ético-político.

Se observa actualmente una gran necesidad de divulgación en cuanto al hecho de que el bienestar, el progreso y el poder no son, en sí mismos, nada negativo, pero que los seres humanos que convierten estos conceptos en el valor supremo de la vida se infligen grave daño a sí mismos y a los demás. El sentido y la finalidad de la vida humana deben definirse a través de una orientación ética y gozar de prioridad. Ethos y globalización —he ahí un tema decisivo para el futuro.

Todas estas influencias que emanan de la globalización y sus efectos también inciden en los sistemas nacionales.

El segundo concepto es el de la democracia cristiana. La pregunta principal relacionada con la función y el valor de la democracia cristiana en el futuro es la siguiente: ¿Qué fuerza ideológica y política tendrá la democracia cristiana para tener influencia importante en el próximo siglo? Yo trataré de desarrollar sólo algunos elementos respecto a esta pregunta.

El mundo se ha transformado, no en su existencia física, pero sí en la percepción de quienes habitan el globo terrestre. Las fronteras han dejado prácticamente de ser obstáculos y allí donde aún se erigen como tales, se ven rápidamente superadas por la moderna tecnología de las comunicaciones. El término globalización está en boca de todos. Pretende expresar el sentimiento y la creciente realidad de que el campo de acción es el planeta en su conjunto. Lo global se superpone y eclipsa cada vez más a lo nacional. Afecta a la existencia del hombre, porque la población y su crecimiento, las condiciones de vida, el problema de la concentración de las riquezas en unos pocos países y regiones, la pobreza que se va esparciendo en la mayor parte del globo, la supervivencia en sí misma respecto de las condiciones y de los peligros ecológicos, son factores que dependen de lo global. Pero se refiere también a lo económico, lo cultural y, por supuesto, a lo político. Es un nuevo desafío al entendimiento, al intelecto y a la actividad, del hombre. Y los hombres no están particularmente bien preparados para aceptar este desafío. Todo sobrevino en forma muy rápida: la nueva era, la radical desintegración de los antiguos sistemas y la necesidad de dotar de valores, órdenes, sistemas y organizaciones confiables a un mundo tan distinto y surgido en forma tan precipitada.

Es necesario proyectar el pensamiento hacia el futuro y pensar en función de ello. Este futuro, que con el comienzo del nuevo milenio enfrenta una nueva carga, preanuncia ya algunos de los nuevos conflictos: crisis de cultura, de desarrollo, de orientación, de modernización, de identidad, siendo éstos algunos de los temas del amplio catálogo de crisis. ¿Cómo habrá de concretarse la transición de una sociedad industrial hacia una sociedad de servicios? ¿Qué exigirá esta sociedad informática integral de los hombres en materia de desarraigo, aislamiento y alienación? ¿Las nuevas condiciones que son creadas a través de la sociedad, la tecnología y las comunicaciones, caracterizarán también a las nuevas mentalidades, conductas y valores? ¿Se harán más notorios aún los recalentamientos nacionalistas y las agresiones étnicas? ¿Cuál es la noción política que habrá de desarrollarse a partir de estas circunstancias?

¿Qué pasará con la democracia? ¿Cómo se adaptará a los nuevos desafíos? ¿Cuáles serán las fuerzas aglutinantes que cohesionarán a la sociedad y a la democracia en un momento en el que se trata de lograr una mayor cohesión para impedir que cunda la decadencia y la desintegración? También es posible pensar que la democracia finalmente fracase en razón de antinomias y

competencias ideológicas. La política transnacional, producto de negociaciones y acuerdos multilaterales muy complejos, ya evidencia un fuerte déficit democrático. Asimismo, está basada fundamentalmente en compromisos que no siempre cuentan con el consenso nacional pero que repercuten sobre el pueblo que no cuenta con mayores posibilidades de participación, ni puede influir sobre esas decisiones. Por lo tanto, la legitimación democrática de la política es muy endeble.

El mundo se ha transformado efectiva y rápidamente. En este nuevo mundo, los procesos de transformación en la vida de los hombres han adquirido una creciente y vertiginosa rapidez. Nuestras experiencias se modifican con una rapidez tan vertiginosa que parecen catapultarnos fuera de la historia. Es probablemente correcto expresar que se ha apoderado de nosotros la sensación de vivir en una época que nos arrastra y nos arrebata. Existen realidades que así lo confirman. En el próximo decenio “se investigará en el mundo tanto o más que en los casi 2.500 años transcurridos desde los tiempos de Demócrito y Aristóteles”.

¿Somos conscientes de las consecuencias que se desprenden a partir de esta realidad para nuestra forma de percibir el mundo, para los procesos cada vez más complejos de la vida y para los sistemas políticos y económicos? Muchos aspectos perderán en transparencia, serán más fragmentarios y, en un sentido amplio, seguramente más globales. Nuevamente quiero traer a colación una cifra que menciona Frühwald y que describe la magnitud de esta evolución: en un futuro no muy lejano, tendremos acceso a 15.000 canales de televisión emplazados en todo el mundo, dispondremos de varios cientos de millones de libros y miles de millones de páginas de diarios y revistas. ¿Quién decidirá entonces cuáles de estas informaciones son verdaderamente importantes y cuáles superfluas? ¿Cómo se organiza la información acerca de la información? Para poder hacer frente a esta tarea, es necesario contar con cierta actitud intelectual que yo deseo denominar *la nueva racionalidad de una reflexión reivindicativa de lo humano*.

En economía, el desarrollo global es aún más notorio. Actualmente nuestro destino nacional y regional se ve fundamentalmente influido por la política mundial, la economía mundial y el sistema financiero internacional. Ante ello no podemos sino compartir las manifestaciones de Hans Küng, cuando señala que “hoy podemos hablar de una múltiple interdependencia, de una sociedad económica mundial y de una civilización tecnológica y social también mundial”. No obstante, —afirma Küng—, ello de ninguna manera implica una cultura mundial uniforme, en sentido espiritual-artístico-configurativo, y mucho menos aún una religión mundial única. ¿Cuáles son las consecuencias que surgen a partir de esta nueva dimensión mundial de la convivencia? ¿Cómo debe ser ordenada bajo estas perspectivas la convivencia humana a nivel nacional, regional y global? ¿Cuáles son los contornos que requiere el orden mundial que tanto se reclama? ¿Cuáles son los valores, las ideas, las instituciones y los sistemas que compartimos, con los que, si bien no puede planificarse el futuro, sí puede proyectarse en un cierto orden?

Veamos ahora el tema político. La democracia es ante todo una opción de vida. La democracia exige demócratas. La democracia necesita ser aprendida por todos y cada uno de nosotros. El aprendizaje comienza en familia, conduce, a través de la educación en las escuelas y universidades, a la necesidad de un trabajo de formación política permanente. La democracia depende como ningún otro sistema político del consenso permanente y voluntario de los ciudadanos. El orden democrático surge a partir de la coincidencia de valores, ideas e instituciones. Los indicadores en el derrotero hacia la democracia no

convocan a la abstención sino a la participación, debiendo constituirse la sincera adhesión de los ciudadanos a su Estado y a su constitución, en una vocación permanente.

La democracia como forma de Estado y de vida sólo es estable y efectiva si posibilita identidad cultural, solidez económica, justicia social y consenso político. Un factor determinante en la gestación del consenso político es la implementación de un Estado de derecho eficaz, que provea justicia.

La democracia necesita solidez económica. Lo económico es un factor decisivo de la estabilidad en la democracia. Lo económico abarca un ordenamiento que en Alemania se conoce como Economía Social de Mercado. Lo económico abarca también a la conducta y a las acciones del individuo.

En toda sociedad, la solución de problemas económicos es un desafío permanente, dado que los hombres tienen necesidades y requieren de bienes y servicios adecuados para la satisfacción de los mismos. A fin de impedir que se instale el caos, se requiere reglas, normas e instituciones. La Economía Social de Mercado es al efecto una concepción de ordenamiento político. La idea directriz de este orden económico consiste en combinar sobre la base de un régimen de competencia, la libre iniciativa con el avance social, asegurado por el rendimiento de la economía de mercado.

En el proceso histórico de competencia y selección ha triunfado la Economía Social de Mercado en su disputa con el capitalismo y el comunismo practicado. En toda una serie de países ha podido demostrar que puede contribuir sustancialmente a la estabilidad de los sistemas democráticos en virtud de su eficiencia y de sus resultados.

En adelante, el compromiso consistirá en implementar con éxito y adecuadamente las ideas básicas de este orden económico en el contexto de otras condiciones culturales, sociales, económicas y políticas, compatibilizándolas con los desafíos y transformaciones tecnológicas, humanitarias y económicas. Se trata de un tema atractivo, pero al mismo tiempo inusitadamente difícil para políticos, empresarios, sindicalistas y periodistas.

Deseo expresar algunas ideas respecto del consenso social y democrático: consenso significa adhesión voluntaria de las mayorías populares al sistema político y al orden social, así como al sistema jurídico y económico. En particular la democracia requiere de un consenso mínimo acerca de los valores y de las ideas orgánicas esenciales. Es, sobre todo, el consenso acerca de los valores el que sostiene el fundamento de la democracia. Así surgen fuerzas de aglutinación indispensables.

En estos momentos podemos observar que existe una crisis de valores en el mundo. Muchas personas viven una alteración de los valores éticos. Ya no se distinguen con nitidez parámetros claros respecto de lo que es justo e injusto, bueno o malo. Es en razón de esta situación que enfrentamos una crisis de orientación en las sociedades democráticas. Las preguntas, en este sentido se plantean en forma individual e institucional. El primer elemento afectado es el derecho fundamental a la libertad. La libertad sólo podrá preservar su dignidad en la medida en que siga referida a su razón ética y su cometido ético. La libertad requiere de un contenido comunitario. La libertad individual debe complementarse a través del derecho y del bien común. El derecho no podrá sostenerse en el tiempo sin una adecuada base ética. En efecto, un orden jurídico no puede prescindir de la ética, de un *ethos*, y de la vigencia de ese *ethos* depende fundamentalmente el respeto por los derechos humanos.

La libertad y la solidaridad son partes indivisas de los derechos y deberes que tiene el individuo en la comunidad y que debe cumplir para bien de la misma. En nuestros días existe un exceso de obstinación individualista. Una comunidad no podrá sobrevivir a largo plazo, si sus miembros no dedican una parte de su fuerza y de sus recursos a proyectos compartidos. Quienes sólo representan intereses personales destruyen la red de estructuras sociales, esenciales para la comunidad. En ese caso se ve perjudicada la naturaleza social del hombre. El ciudadano no puede sustraerse a la necesidad de asumir responsabilidades individuales y colectivas ante la sociedad. En definitiva, éste es el fundamento de todo orden democrático. En tal sentido, los sistemas democráticos deberán demostrar su eficacia en la próxima década.

Proyectar el futuro es esencialmente una tarea política. La política proyecta la convivencia social y tiene por misión solucionar los conflictos sociales. En la democracia esto sólo es posible a través de los partidos políticos. De este modo se establece una relación entre la proyección de futuro y la tarea política de un partido. A su vez y a partir de esta relación surge la pregunta por los nuevos desafíos que los partidos demócrata-cristianos deberán enfrentar y tener en cuenta para su protagonismo futuro. Nuevamente se plantea la cuestión acerca del sentido cristiano en la política del próximo siglo.

¿Cómo puede y debe ponerse en práctica, concretarse, la vocación política, la política interpretada a partir de una responsabilidad cristiana? ¿Cuáles son los elementos cristianos de la política seguida por aquellos partidos que ingresan al ruedo de la competencia política reivindicando para sí estos principios? ¿Cuáles son los valores, los modelos ideológicos, los ordenamientos mentales y modelos políticos que pueden ofrecer los partidos demócrata-cristianos para llenar, al menos parcialmente, el vacío ideológico producido por el fracaso de ideologías socialistas y nacionalistas? ¿Cuáles son los contenidos de características cristianas que los partidos demócrata-cristianos pueden ofrecer para la solución de los complejos problemas en el próximo siglo? ¿Qué es lo que puede transferirse y perfeccionarse del rico inventario histórico de la tradición del pensamiento judeo-cristiano, del humanismo, de la ilustración, de la ética social de las iglesias cristianas y del trabajo exitoso de los partidos demócratas cristianos en Europa y en América Latina, como dimensión cristiana en relación al próximo siglo?

Genera cierta preocupación pensar en el futuro desarrollo del cristianismo durante el próximo siglo. En el presente observamos una cierta curva de orientación, expresiones de abandono espiritual y colapsos. El cristianismo exige más que un conocimiento general de reglas. Lo esencial del cristianismo y de la fe es el vínculo firme a ese ser desconocido que denominamos Dios. De este modo, la fe se concreta como parte de la vida. Esto poco tiene que ver con la felicidad exterior. Por el contrario, lo cristiano genera recogimiento interior. A partir de este recogimiento se desarrolla una búsqueda exitosa por puntos de referencia fijos en la vida terrena. A lo largo de la historia el cristianismo fue siempre una fuente de fuerza vital afirmadora y ordenadora. ¿Seguirá siéndolo en el próximo siglo? Decir que la existencia de la democracia tiene algo que ver con la permanencia de los valores cristianos no es demasiado aventurado. Por el contrario, es imposible concebir una democracia sin bases religiosas.

Para los partidos demócrata-cristianos se plantean preguntas decisivas respecto del futuro. Se trata de partidos que han realizado importantes contribuciones a la democracia. ¿Cuál será el rol que podrán desempeñar en el futuro? ¿Cuentan aún con suficiente actualidad y poder de convicción para hacer atractiva la idea de la democracia cristiana en el siglo XXI? ¿Cuál es la influencia que pueden ejercer en el mundo poco transparente de hoy y en un mundo más ordenado de mañana?

¿Pueden los probados valores y las ideas de los partidos demócrata-cristianos proveer el instrumental espiritual, material e institucional que se necesitará en un futuro? ¿Podrán contribuir a que la democracia de las próximas décadas disponga de espacios comunes que garanticen la estabilidad moral? Urgen nuevas ideas y opciones que ofrezcan una orientación espiritual. Es necesario establecer un lazo firme con la democracia que involucre la convicción de que la democracia es un valor en sí mismo, más allá de los aspectos formales: sólo quienes la interpreten como un valor esencial seguirán siendo fieles al ideal democrático aun en circunstancias adversas.